



Buscando un comportamiento ético

Política Nacional, 22/09/2012

Vivimos, aunque no lo creamos, en el mundo de los antivalores. Las mentiras se expanden muchas veces de modo imperceptible, sentándose en todos los ámbitos: sociales, económicos, culturales, deportivos, laborales y políticos.

La mentira, en su forma corriente de definición, significa simplemente “engaño”, “embuste”, “falacia”, “calumnia”, “disimular”, “fingir”.

Lo que sucede en nuestro ámbito público con respecto a la “falsificación de firma” de una candidata a Alcaldesa, puede servir de ejemplo para enseñar que la mentira es la expresión o manifestación contraria a lo que se sabe, se cree o se piensa, como lo define la Real Academia Española.

Mentir va en contra de moralidad de muchas personas y está taxativamente prohibido y es un pecado en muchas religiones.

La mentira es un socio de la malversación de recursos, la negligencia, la prevaricación, el soborno y el tráfico de influencias, vicios que caen bajo el paraguas de la corrupción.

Lo que llama la atención, es que ambos lados de este conflicto dicen tener a su lado la verdad, pero lo más probable es que ambos lados recurran a la mentira para defender sus posiciones.

Falla ciertamente la franqueza, falta sinceridad y autocrítica en reconocer que las prácticas y procedimientos que utilizan algunas veces son muy oscuros para conseguir lo que desean. La razón que los pone en esta situación, es que el mentiroso está convencido de que dice la verdad.

Dentro de las agrupaciones políticas, existen personajes disfrazados, camuflados, personificados, pero muchas veces reconocibles, con nombres y apellidos, que son encarnaciones de lo negativo, de lo viciado. Entre ellos se encuentran el que pretende saber y en realidad no sabe, el innovador que pretende cambiar esto y lo otro a su pinta, especialmente alejado de la realidad sólo para conseguir inocentes adeptos, el falsificador de documentos y de firmas, como también aquel que se queda con los fondos de su organización. Lo curioso e inexplicable, es que estos especímenes siempre tienen cómplices y defensores a ultranza.

En estos tiempos de elecciones, sobresalen actos de corrupción, abundan las mentiras de los candidatos sin que exista freno o sanción. Es conocido el desvío de recursos públicos para las campañas y como los funcionarios públicos son sorprendidos repartiéndolo, a veces en horarios de trabajo, propagandas políticas, muchos de estos empleados alegan que son presionados y atemorizados con la pérdida de sus trabajos si es que no lo hacen. Para qué decir el uso del engaño de las falsas promesas, que sabemos no cumplirán.

¿Cuál es la causa que motiva al hombre a realizar estas prácticas? Se piensa que es la codicia. Los que están en el poder siempre ambicionan más poderío y los motiva a desarrollar voluntariamente estos antivalores.

Esta falsificación de firmas es un ejemplo de la corrupción que rodea a la clase política, que sospechosamente no ha salido a denunciar estos hechos con la fuerza que se espera, sospecha de que al parecer es una práctica extendida a otros sectores y

que en el silencio se afirma lo callado.

Como ciudadanos que observamos estas disputas, no nos queda más que esperar que la sinceridad sea la herramienta más eficaz para combatir la corrupción.

La perfección en el servicio que prestan nuestros servidores públicos políticos, no se alcanzará, sin un comportamiento ético en sus formaciones y sacando la mentira de su forma de actuar.